

se hizo obscuro en el fondo del torrente; el negro y el Indio (en los cuales se había reconocido á Costal y á Clara) desaparecieron entre las tinieblas en medio de las cuales rugía siempre la cascada.

CAPÍTULO IV

LA INUNDACIÓN

Mientras que los dos compañeros, el Indio y el negro, realizaban las extrañas ceremonias que someramente hemos descrito, tal como las veía el capitán de los dragones de la reina, la luna se levantaba radiosa como sucede siempre en estos hermosos climas.

Acababa de ver don Rafael por propia experiencia que un hombre ágil no podía emplear menos de un cuarto de hora en ascender, á través de la espesa vegetación que los obstruía, los flancos del barranco en el fondo del cual se sucedieron las extrañas escenas de que la casualidad le hiciera testigo. Había también notado que los dos actores que en aquéllas tomaron participación, se mantenían en la ribera opuesta á la que él ocupaba.

Aunque, gracias al descubrimiento del río, le fuese más fácil, atravesándole en algún lugar vadeable, ponerse más ó menos en su camino y que, en rigor, pudiera pasarse sin informes, no por eso trató menos de obtenerlos de aquellos dos personajes; resolvió, pues, aprovechar el tiempo que gastaban en remontar, para buscar su caballo, pasar á nado el río si era preciso y esperarlos cerca de la cascada donde él suponía que regresarían. La luna iluminaba espléndidamente el río y

sus riberas; la bravía selva era impenetrable solamente en la cresta y en los flancos del torrente. El oficial esperaba hallar un paso más fácil dando una ligera vuelta y sin pérdida de tiempo puso en ejecución su propósito.

Las cosas pasaron como lo había imaginado; y menos de diez minutos después, se hallaba de vuelta con el caballo al cual tiraba de las bridas, buscando en la orilla un lugar por el que fuese fácil descender á su cabalgadura y atravesar el agua.

En el intervalo y á través del murmullo de la cascada de que se alejaba, creyó oír una especie de grito fúnebre, resonar del lado del río á que tenía intención de llegar. Esta voz ronca que no podía confundir con los gáñidos de los chacales que tantas veces en el curso de sus viajes habían golpeado sus oídos, se parecía, por cierta entonación cavernosa, á los mugidos del toro, haciéndole sufrir una vaga sensación de malestar: era aquella la primera vez que oía semejantes notas fúnebres; y sin darse cuenta de qué especie de peligro, sentía instintivamente que algún peligro le amenazaba. Su caballo parecía participar de las mismas aprensiones, á juzgar por el temblor de sus narices.

Para hallarse listo á todo acontecimiento, don Rafael desató las correas del mosquetón suspendido de los arzones y continuó su marcha. No tardó en encontrar una pendiente suave, tal como la deseaba. Entonces, sin inquietarle si el río era profundo ó no, saltó á la silla y lanzó su caballo que, mitad andando y mitad á nado, atravesó hasta la otra orilla, mientras que el caballero, con las rodillas recogidas, ponía el mosquete por encima de su cabeza para evitar que se mojase.

Decidido á acechar durante algún tiempo la presencia de los dos únicos seres vivientes que encontrara en aquellas soledades desde su separación del estudiante, el dragón volvió á bajar la corriente de agua lo mejor que pudo.

Ya allí, para mayor seguridad de hallar á los que buscaba, golpeó su eslabón, encendió un cigarro y luego in-

móvil como una estatua ecuestre entre dos de los árboles que inclinaban sus ramas sobre el río, esperó la llegada del negro y del Indio.

La luna dejaba caer sobre las rocas, por entre la selva espesa, sus blancos resplandores que argentaban la superficie de las aguas y el espumoso arco de la cascada. Aquellos fulgores, quebrados por la red apretada del ramaje, daban aspecto misterioso á la soledad llena sólo por el ruido de trueno de la cascada; y por instantes, el recuerdo de las extrañas escenas que sus ojos acababan de contemplar en el fondo del barranco, mezclado á los acentos ignorados por su oído y de que aún le parecía escuchar la lúgubre resonancia, hacía sufrir al oficial, involuntarios estremecimientos. A veces también sentía el dragón que su caballo temblaba; y así no podía menos de creer que acababa de asistir á alguna evocación del príncipe de las tinieblas del cual serían la voz aquellas notas fúnebres.

Don Rafael era criollo; y por consiguiente educado en la ignorancia y en la superstición. Se acordaba de haber oído decir que en presencia de los espíritus del otro mundo, los animales experimentaban un temblor, parecido al que acababa de notar en su caballo. Pero don Rafael era quizás de esos corazones fuertes de que hablaba el Indio, á quienes el temor puede visitar sin dominarlos jamás; y se quedó en el lugar que había escogido, sin dar á conocer sus aprensiones sino por las precipitadas aspiraciones de sus labios contra el cigarro, cuya brasa brillaba en las tinieblas.

Durante ese tiempo, el Indio y el negro, turbados en sus invocaciones al genio de la cascada, remontaban la escarpada cuesta del torrente abriéndose penosamente el camino á través de la vegetación que lo obstruía.

El Indio exhaló su despecho en amenazas contra el intruso cuya presencia impidió sin duda la aparición del espíritu que invocaba; Clara juraba también; pero en el fondo de su corazón estaba menos contrariado de lo que parecía.

— Así pues, ¿sólo en los momentos en que se levanta la luna nueva, aparece la Sirena de los cabellos torcidos? — dijo el negro pegándose á los talones de su compañero.

— Sin duda — respondió Costal — no hay más que un instante que hay que apresurarse á aprovechar; pero si por allí se encuentra algún profano, y por profano entiendo un blanco, el espíritu rehusa mostrarse.

— ¿Tendrá quizás miedo á la Inquisición? replicó el negro.

Costal se encogió de hombros.

— Ud. es un tonto, amigo Clara. ¿Cómo diablos quiere que el espíritu de las aguas tenga miedo de los monjes de larga túnica? Serían ellos los que temblarían en su presencia y se postrarían, la cara en tierra.

— ¡Diantre! si el espíritu tiene miedo á un solo blanco y por su causa no se atreve á mostrarse, con mayor razón tendrá miedo de una turba de monjes que, preciso es confesar, son horrorosamente feos.

— ¡Que un rayo parta en dos al infiel que frustró el efecto de mis conjuraciones! — exclamó el Indio con tanta mayor cólera cuanto que se sentía derrotado por los razonamientos del negro; algunos minutos más, y el genio de las aguas se habría mostrado ante nuestros ojos.

— Ud. hizo mal en precipitarse á apagar el fuego, amigo Costal.

— Quise ocultar á la vista de los profanos el misterio que iba á realizarse. Sabía que el genio de la cascada ya no se haría visible.

— ¿De modo que Ud. persiste en creer que alguien nos ha visto?

— Estoy seguro.

— ¿Y que de él provinieron las piedras que se nos lanzaron?

— Ciertamente.

— ¡Pues bien; á fe de negro! ¡Yo creo otra cosa!

— ¿Qué cree Ud.? — preguntó el Indio apoyándose en el tronco de un zumaque para tomar aliento.

— Pienso, respondió Clara imitando á su compañero, que un poco más de paciencia de parte de Ud. habría dado éxito al negocio. Apostaría — agregó con profundo aire de convicción — que en los momentos en que el manto de agua de la cascada lanzaba una lluvia de brillantes fulgores hasta los troncos de los dos ahuehetes que la coronan, vi aparecer por en medio de ella algo como una diadema de oro chispeante. Ahora, yo pregunto, ¿quién puede llevar una diadema de oro en el corazón de estos bosques, si no es el espíritu de las aguas?

— Ud. se equivoca, Clara; eso no es posible.

— Estoy seguro de que he visto lo que digo; y pienso también que lo que Ud. tomó por piedras, eran sin duda algunas pepitas de oro que nos lanzaba la Sirena de los cabellos torcidos.

— ¡Y Ud. me permitió dejar el fondo del barranco sin oponerse! — exclamó vivamente el Indio conmovido por las palabras del negro.

— Hemos gastado nuestro último pedazo de mecha; no podemos pues, encender otra vez el fuego.

— Habríamos buscado á tientas.

— Sí, replicó el negro con ironía; ¡es cosa fácil de distinguir en la obscuridad de todos los diablos que reina en el fondo de la cañada, un pedazo de oro como una piedrecilla!

— Por el peso, era fácil.

— Sin contar — replicó Clara dejando ver esta vez lo íntimo de su pensamiento — que buscando nuestros pedacitos de oro, corríamos el riesgo de encontrarnos con esos pícaros tigres que buscarían por su parte bocados de búfalo y que se habrían encantado de hallarnos en su camino.

— ¿Quién se cuida de los jaguares? — dijo el tigrero con desdén.

— ¡Yo, caramba! — respondió Clara.

— Quien se atreve á enfrentarse con el espíritu de las aguas ¿tiene miedo de dos jaguares vagabundos?

— Si se corre el riesgo de ser estrangulado, contestó el negro — se tiene por lo menos la fortuna de obtener la revelación de un tesoro; y esto ya es una compensación. Pero con los tigres no hay ninguna. Si lo he dejado partir, fué porque reflexioné que tendríamos tiempo de volver mañana á la salida del sol á comenzar de nuevo nuestras investigaciones.

El Indio no respondió nada; y tomó otra vez el camino. El negro, un poco tranquilizado, le seguía siempre como su sombra. De repente se detuvo y exclamó golpeándose la frente:

— Mañana temprano ya no será tiempo; y aun, agregó con aire de alarma, haríamos bien en dejar estos desfileros cuanto antes.

— ¿Y por qué? — preguntó vivamente el negro asustado por la inquietud que revelaba el tono de Costal que parecía no espantarse de nada.

— Hoy es luna nueva; y se me había olvidado que en esta estación se crecen siempre los ríos del Estado, se unen é inundan año con año la campiña. Ud. sabe que la inundación llega como el rayo. ¿No oye Ud. ya á lo lejos sus rumores sordos?

— No oigo, á Dios gracias, sino los de la catarata que nos obligan á los dos á gritar para oírnos; pero apresurémonos.

— ¡Oh! — continuó Costal — una vez fuera de esta cañada, no tenemos gran cosa que temer; la copa de un árbol nos daría abrigo si la inundación viniera á sorprendernos.

— ¡Muy bien! ¿Pero aquí?

— Aquí, estaríamos perdidos.

Los dos aventureros subieron en silencio la cuesta escarpada con doble celeridad por el temor de un peligro al cual nada les hubiera podido sustraer, ya en el fondo, ya en los flancos del barranco en donde el torrente habría de hundirse como en un canal con una violencia imposible de resistir por ninguna fuerza humana.

Ayudándose con los pies y con las manos para facilitar

la ascensión, Costal exhalaba su cólera contra el infiel que había hecho abortar sus esperanzas, mientras que el negro grababa en su memoria como uno de los días más nefastos de su vida, aquel en que se había visto obligado á afrontarse á los jaguares, á los espíritus del otro mundo y á los riesgos de la inundación. Bien pronto el Indio llegó hasta la cresta del talud; y Clara exhaló un suspiro de alivio al poner pie, á su vez, en la cima del inmenso y profundo barranco.

De repente agarró los brazos de Costal con un temblor nervioso; y con el dedo le señaló un objeto que le parecía extraño.

Era algo negro, inmóvil en medio de los árboles que bordaban la ribera y por encima de la cual un vivo fulgor que brilló un instante para extinguirse en el acto, acababa de mostrarle la misma diadema que le había sorprendido ya.

— ¡La diadema del espíritu! — dijo aproximando sus labios al oído del Indio para que el ruido de la cascada no apagase su voz.

Costal miró en la dirección indicada por el negro; y al súbito fulgor que iluminó de nuevo, vió brillar en efecto algo como un círculo de oro en medio de las tinieblas.

No tardaron mucho el negro y el Indio en saber á qué atenerse respecto á esta aparición inesperada. A un movimiento del caballo del dragón, un rayo de luna cayó sobre el caballero cuyo busto se destacó de repente con toda claridad.

Un largo galón de oro que, según la moda mexicana, rodeaba las anchas alas de su sombrero de vicuña, había causado, al iluminarse con los reflejos sucesivos del cigarro, la equivocación de Clara.

— Cuando decía — exclamó Costal — que un blanco infiel había impedido al espíritu mostrarse, ¿me equivocaba acaso?

— Es verdad — respondió el negro muy confuso por la equivocación que quizás había desvanecido su reciente

creencia en el espíritu de las aguas, sin la excusa alegada por el Indio para justificar la falta de éxito.

— Sin duda es un oficial — replicó el Indio en vista de la apariencia militar de don Rafael, quien con el mosquetón en una mano y las riendas y el cigarro en la otra, continuaba inmóvil sin cuidarse de la curiosidad de que era blanco.

Pero ya el dragón principiaba á encontrar largo el tiempo, y un juramento atestiguó su impaciencia, cuando una voz, bastante fuerte para hacerse oír á pesar del ruido de la cascada, un poco amortiguada sin embargo por la brisa, llegó á sus oídos arrancándole un gesto de sorpresa.

— ¿Quién va? — gritó la voz en tono amenazante.

— Diga: ¿quién está allí? — respondió don Rafael sintiéndose con todo su valor delante de seres humanos, aunque fuesen enemigos.

Al mismo tiempo aparecieron dos hombres en los cuales el dragón reconoció á los que él llamaba sus salvajes.

— Al fin, me siento feliz de poder hablarles, mis amigos — dijo con una desenvoltura enteramente militar y haciendo ejecutar á su caballo un movimiento brusco que le puso cara á cara de los dos desconocidos que desembocaban tras él sobre la orilla alta del río.

— Tal vez no lo somos — contestó Costal con tono brusco y pasando, no sin ostentación, su carabina de un hombro al otro.

— ¡Vive Dios! me desconsolaría — replicó el dragón enseñando una franca sonrisa que vagó bajo sus espesos bigotes — porque no soy egoísta y no gusto de estar contento cuando me hallo solo.

Y al decir estas palabras con un tono de buen humor que impresionó al Indio, don Rafael envolvía las correas de su mosquetón como una arma inútil, á pesar de la actitud casi hostil de sus dos interlocutores.

— Tal vez — agregó registrándose la bolsa del chaleco — me guardan ustedes rencor por las piedras que les

tiré en el fondo del barranco, en donde estaban Udes. muy ocupados en cosas que no me importan; pero Udes. perdonarán á un viajero extraviado cuya voz apagaba la cascada y que no hallaba cómo llamarles la atención. Además, Udes. harán justicia á la delicadeza y á la atención con que he puesto empeño en esperarlos.

Apenas concluyó esta apología, el dragón sacó de su bolsa un peso y se lo ofreció al Indio.

— Gracias — dijo éste mientras que Clara cogía la pieza que no brilló sino un instante á los rayos de la luna; ¿adónde va Ud.?

— A la hacienda de « Las Palmas ». ¿ Estoy muy lejos?

— Eso, según el camino que Ud. quiera tomar.

— Quiero el más corto: estoy preciso.

— El camino que lo conducirá á Ud. con mayor seguridad, es decir sin temor de perderse, es el que Ud. hallará remontando el curso del río, dijo Costal que á pesar de su rencor contra el oficial, no se atrevía á dar falsos informes á un viajero que iba hacia la hacienda en que servía. Ese camino corta una de las vueltas del río; ahora si Ud. quiere ir más recto...

Uno de esos acentos roncós y bruscos que durante aquella tarde habían ya asombrado al oficial, llegó á interrumpir los informes que daba el Indio.

— ¿Qué es eso? — preguntó el oficial.

— Es la voz del jaguar que busca su presa — contestó Costal.

— ¡Ah! dijo el dragón; temía... que fuese otra cosa. Ya he oído con frecuencia estos rugidos.

— El camino más corto es por allí — continuó Costal indicando con el cañón de su carabina el punto del horizonte de donde partían los bramidos del tigre.

— ¿Ud. dice que ése es el más corto?

— Sí.

— ¡Muy bien! Gracias. Lo tomo.

Y diciendo estas palabras, tiró de las riendas de su caballo con la mano izquierda disponiéndose á seguir la dirección indicada, cuando el Indio le detuvo.

— Oiga, señor caballero, dijo con más amabilidad de la que hasta allí había demostrado, no siempre basta ser valiente, como Ud. lo parece, para escapar de toda clase de peligros; es necesario estar advertido de los que se pueden correr.

Don Rafael Tres Villas contuvo su caballo.

— Hable, amigo mío — le dijo — ya le escucho y le doy las gracias desde luego.

— Ante todo — continuó Costal — para llegar de aquí á la hacienda de las Palmas sin extraviarse y sobre todo sin entretenerse en dar vueltas, tenga Ud. cuidado de tener siempre la luna á la izquierda, de modo que su sombra se proyecte á su derecha un poco oblicua, exactamente como Ud. está en este instante. Ahora, no se detenga Ud. por nada del mundo antes de hallarse en la casa de don Mariano Silva. Si acaso encuentra un barranco, un foso ó un cerro, atraviéselo en línea recta sin tratar de rodearlo.

Había tanta precisión y tanta solemnidad en las recomendaciones y en la voz del Indio, que el dragón se sorprendió.

— ¿Cuál es, pues, el espantoso peligro que me amenaza? — preguntó en tono de chanza.

— Un peligro ante el cual el de todos los tigres que puedan aullar ó rugir en estas llanuras, no es sino un juego de niños: la inundación que antes de una hora quizás, las cubrirá de olas mugientes, y hará de estos llanos un mar furioso en el cual rodarán en confusión los mismos tigres, á pesar de su agilidad, á menos que encuentren un árbol en que salvarse. El arriero y sus mulas lo mismo que el pastor y sus rebaños serán igualmente tragados si no se han asilado en la hacienda á donde Ud. va.

— Tendré muy presentes sus recomendaciones — dijo el oficial que se acordó del estudiante abandonado á dos leguas de allí, historia que contó al Indio en pocas palabras.

— Esté Ud. tranquilo, mañana le llevaremos á la ha-

cienda, si es que vive aún. Piense sólo en Ud. y en los que podrían llorar su muerte. En cuanto á los jaguares, no se inquiete: si su caballo se asusta y no quiere caminar en línea recta, grítele; si los jaguares lo sitian muy de cerca, hábleles también: la voz humana ha sido hecha para infundir respeto en todos los animales, aun los más feroces. Los blancos no saben eso porque no es su oficio combatirlos como el del hombre rojo ó el del hombre negro; y yo podría citarle una de mis aventuras de esta clase con un jaguar... ¡Ah! ¡Bah! ¡Se fué!

El Indio se detuvo porque en efecto, Tres Villas ya no le oía; preocupado de escapar á la inundación, saltaba ya por la sabana iluminada por la luna en dirección á la hacienda y lejos de Costal.

— Es bravo y franco — dijo éste — sería lástima que le sucediera algo. Es sensible que se haya visto obligado á interrumpirnos: es un contratiempo y ya está; en su lugar, habría hecho yo lo mismo. No se ha perdido todo, por lo demás; y podremos...

— ¡Hum! — interrumpió Clara. — Me parece que son ya bastantes aventuras para un día; mientras que esté en la vecindad de los tigres...

— ¡Quita allá, Clara! ¡Ud. debía tener vergüenza! Mire á este valiente joven que jamás ha visto un tigre en su vida; y que se preocupa tanto de ellos como de una manada de ratas de los campos.

— ¡Sea! ¡Y bien! ¿qué podríamos hacer aún? — respondió Clara en tono bastante mal humorado.

— El espíritu de las aguas — replicó el Indio, no se digna mostrarse solamente entre la espuma de las grandes cataratas. También se aparece á veces á los que lo invocan á los sonidos de la concha marina entre las olas amarillentas de la inundación y en el henchido lecho de los torrentes; mañana lo buscaremos.

— ¿Y ese joven que nos ha recomendado el viajero?

— Iremos á su lado, replicó Costal; y esperando llevaremos en un instante la piragua á la cumbre del « *Cerro de la Mesa* », en donde pasaremos tranquilamente la

noche, al abrigo de los tigres y de la inundación.
— Eso será magnífico, porque tengo mucho sueño
— dijo el negro enteramente serenado por la perspectiva de una noche de reposo.

Mientras tanto, don Rafael galopaba en dirección de la hacienda de « Las Palmas ».

Durante la primera media hora de camino, estaba la llanura tan apacible bajo los rayos de la luna, las palmeras se balanceaban con tanta suavidad bajo el cielo tachonado de estrellas, en tanto que la brisa llevaba los penetrantes perfumes de los guayabos, que bien pudo creer que el Indio había querido burlarse de su credulidad. Así pues, moderó el paso de su caballo casi involuntariamente, dejándose llevar por ese delicioso sueño que suscita el encanto de una de esas hermosas noches tropicales en que se siente la alegría de vivir al abandonar el oído á las nocturnas armonías que se envían cielo y tierra, como himnos que cantan por turno.

Mas de repente se acordó el viajero de las cabañas abandonadas á lo largo del camino, de las embarcaciones suspendidas de las copas de los árboles como último medio de ponerse á salvo contra la sorpresa de una súbita inundación. Entonces su éxtasis se evaporó y aceleró de nuevo la marcha de su cabalgadura.

Una segunda media hora transecurrió; y como por encanto las cigarras cesaron sus canciones bajo la hierba, la llanura entera pareció sumirse en el silencio; y á la brisa embalsamada, rítmica como la respiración de la naturaleza dormida bajo el manto estrellado de la noche, sucedió otra brisa impregnada de olores pantanosos, brusca, jadeante como el soplo del terror.

Este sombrío silencio fué de corta duración: bien pronto el viajero creyó oír rumorar aún el ruido lejano y sordo de la catarata que acababa de dejar. Solamente que le parecía que aquel murmullo alejado, había cambiado de lugar: no provenía de atrás: lo oía hacia el horizonte al cual se dirigía.

Creyendo haber equivocado el camino, quiso regresar;

pero la luna á su izquierda y su sombra y la de su caballo á la derecha, le indicaron que iba en buena vía. Entonces su corazón latió más rápidamente, porque, á creer al Indio, un peligro se acercaba, un peligro contra el cual ni su mosquete ni su espada de fino temple ni aquel corazón fuerte que el oficial ponía al servicio de su brazo vigoroso, le serían de alguna utilidad. Las nerviosas piernas de su caballo eran su única defensa, la tabla última de salvación.

Felizmente el largo camino no había agotado las fuerzas del animal que, por su parte, alargaba las orejas y aspiraba con sus narices enormemente abiertas, el viento húmedo que las aguas enviaban como un mensaje precursor.

Aquello habría de ser una lucha entre el caballero y la inundación, acerca de quién de los dos ganaría primero la hacienda de « Las Palmas ».

El oficial aflojó la brida, las moletas sonoras de sus espuelas de hierro, resonaron contra los flancos de su caballo: la lucha de velocidad comenzaba. La sabana parecía correr como rápida corriente bajo las piernas del dragón. A su derecha y á su izquierda se hubiese creído ver la huida de los zarzales y de las palmeras de la selva.

La inundación marchaba del este hacia el oeste. El caballero corría del oeste hacia el este y la rapidez de sus carreras opuestas debía reunirlos muy prontamente: ¿pero en qué lugar?

La distancia entre ambos disminuía de segundo en segundo. El ruido, sordo y vago en un principio, se aproximaba más y más y pareciase al de una tempestad que, después de tronar en el horizonte, viene ya para estallar á rugir por encima de nuestras cabezas. La llanura y las palmeras, seguían huyendo al galope del caballo, sin que el campanario de la hacienda se dibujase por encima de la recta línea que limitaba su vista. Sin embargo, aún no aparecía la amenazadora masa de las aguas.

El caballo no aflojaba el paso; pero sus ijares se in-

chaban, estaba jadeante y el aire que hendía con tanta rapidez, se arremolinaba penosamente en sus narices. Algunos segundos más, y ese mismo aire faltaría á sus pulmones. El dragón se detuvo un instante : la respiración de su caballo parecía obstruída y el ruido ronco de su aliento acompañaba lúgubrementé al rugido á cada instante más terrible de las aguas que avanzaban.

Don Rafael escuchó esta triste armonía casi desesperando de salvarse, cuando le pareció oír, á lo lejos, el sonido precipitado de una campana. Sin duda era la de la hacienda que daba en los campos el aviso supremo del peligro.

El oficial se acordó de estas palabras del Indio : « No piense sino en aquellos que podrían llorar su muerte. » Había allá, en la hacienda donde le esperaban, alguien que hubiese debido llorarle más amargamente que los otros ! A este recuerdo, el viajero se alzó contra la suerte que le amenazaba y resolvióse á hacer el último esfuerzo para escapar.

Sin embargo, para intentarlo con alguna probabilidad de éxito, era indispensable dar á su caballo algunos segundos de descanso ; y el oficial había conservado, á pesar del peligro que corría, toda su sangre fría para reconocer esta imperiosa necesidad. Echó pie á tierra y aflojó algo la cincha de la silla para dar mayor libertad á la respiración jadeante del caballo.

Contaba con angustia los minutos que transcurrían, cuando el eco le llevó el ruido de los pasos de otro caballero que seguía el mismo camino y que corría el mismo riesgo. Volvióse inmediatamente ; un hombre, montado en vigoroso alazán quemado, parecía devorar el espacio. En un abrir y cerrar de ojos llegó aquel caballero junto á él ; y conteniendo bruscamente la fogosidad de la carrera :

— ¿Qué hace Ud. ? — le dijo. — ¿No oye Ud. la campana de alarma ? ¿No sabe Ud. que el torrente va á invadir el llano ?

— Lo sé — respondió el oficial — pero ya el aliento falta á mi caballo : y espero...

El desconocido echó una rápida mirada sobre el bayo retinto de don Rafael ; y se lanzó de su silla á tierra.

— Tenga mi caballo, dijo al oficial tirándole las bridas ; y luego, aproximándose al del dragón, apoyó la mano sobre el pecho del animal para apreciar las pulsaciones.

— ¡ Bien ! agregó — como un médico satisfecho del pulso de su enfermo.

Entonces recogió un guijarro del tamaño de un puño y se puso á friccionar vigorosamente el pecho y las piernas humentes del caballo de don Rafael.

Este mientras tanto, examinaba curiosamente al desconocido, bastante descuidado de su propia vida para ocuparse con tanta solicitud y generosidad en prestar auxilios al caballo de un viajero que le era totalmente extraño. El recién llegado vestía al estilo de los muleteros : un humilde sombrero de fieltro groserísimo, una especie de casacón de lana grisácea de rayas negras por encima del cual se suspendía un pequeño mandil de cuero grueso, calzoneras flotantes de tela y zapatos de piel de cabra en sus desnudos pies, es decir, sin calcetines. Era de pequeña talla ; su color moreno nada quitaba á la dulzura de su fisonomía ; y á pesar de la terrible solemnidad del momento, una calma profunda brillaba en su frente.

Don Rafael le miraba hacer sin interrumpirle pero con inmensa gratitud. Cuando el muletero creyó haber friccionado suficientemente al caballo para darle momentánea flexibilidad :

— El animal está listo — dijo — aún no está cansado porque no se le siente ninguna pulsación en la cruz, aunque las narices y los ijares tengan un movimiento simultáneo. Sólo se trata de abrir á su respiración una vía más grande. Venga á ayudarme en lo que le voy á decir y marchémonos porque el ruido siniestro ruge allá abajo y la campana de alarma suena á toques redoblados.

Era demasiado cierto ; y la brisa llevaba con rumores extraños, el tintineo precipitado de la campana, fúnebres

señales de agonía para anunciar á cuántos erraban por los campos, que se salvaran mientras fuese tiempo.

— Tápele los ojos al caballo con su pañuelo — continuó el muletero.

Y mientras que el dragón se apresuraba á obedecer, sacó del bolsillo de su mandil de cuero una cuerda que envolvió fuertemente alrededor de la nariz del animal por encima de las ventanillas.

— Coja Ud. esta cuerda con todas sus fuerzas — dijo á don Rafael.

En seguida el muletero desenvainó un cuchillo afilado con el cual hirió el tabique transparente de las narices del caballo.

La sangre saltó; el animal, á pesar de los esfuerzos de su dueño para mantenerle quieto, se encabritó quedándose con el cuchillo ensartado en la herida y cayó otra vez sobre sus pies. Apenas sus cascos tocaron la tierra cuando el muletero cogiendo la punta sangrienta del cuchillo, tiró de él violentamente por la hoja arrastrando el mango tras ella. Pareció que el aire se abismaba en las narices del caballo por la ancha abertura que acababa de hacerse.

— Ahora — dijo — su caballo podrá correr por lo menos tanto cuanto sus ijares soporten; si Ud. puede salvarse, así será.

— ¿Su nombre? — exclamó don Rafael tendiendo su mano al muletero; — ¡su nombre para que no lo olvide nunca!

— Valerio Trujano, un pobre arriero á quien le cuesta mucho ocuparse en sus negocios; pero que se consuela cumpliendo con su deber y dejando á Dios lo demás. Mi deber era no dejarlo perecer aquí por falta de un consejo ó de un auxilio — agregó con sencillez. Ahora, bendita sea la voluntad del Altísimo; nuestra vida está en sus manos: roguémosle que aparte lejos de sus servidores el peligro más terrible que hayan corrido jamás.

Y diciendo estas palabras con sorprendente solemnidad,

Trujano se arrodilló sobre la arena, se quitó el sombrero que dejó ver una selva de negros cabellos vigorosamente ensortijados; y luego, levantando los ojos al cielo y con una voz cuyos acentos varoniles repercutieron hasta lo hondo en el corazón del oficial, pronunció las palabras siguientes:

De profundis clamavi ad te, Domine! Domine, exaudi vocem meam!

Quando hubo concluido el segundo versículo del salmo funeral, mientras el dragón apretaba fuertemente la cincha á su caballo para empeñar la partida suprema, el muletero montó en su silla. Don Rafael hizo otro tanto; é inclinados sobre la flotante crin de sus caballos, se lanzaron juntos á lo largo de la llanura. El viento húmedo que enviaban las aguas desbordadas, silbaba entre sus cabellos; y al sonido de la campana, se unía el siniestro ruido de las montañas de agua que se aproximaban de momento á momento.